



UN HERMOSO ACCIDENTE

Verónica A. Fleitas Solich

zafiro

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Cita](#)

[1. Accidente](#)

[2. En casa](#)

[3. La vida no vivida](#)

[4. Despertar contigo](#)

[5. Intentando no olvidarme de mis palabras](#)

[6. Actuar como si no doliese](#)

[7. Una parte de ti](#)

[8. Afinar la puntería](#)

[9. Carne y hueso](#)

[10. Sin saber qué hacer](#)

[11. Corriendo en círculos](#)

[12. Suavizando el dolor](#)

[13. Despierta](#)

[14. Desnudar cada defecto](#)

[15. Preciado](#)

[16. Complicados](#)

[17. La perfecta salida](#)

[18. Lazos familiares](#)

[19. Un hermoso accidente](#)

[Epílogo](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma
de disfrutar de la lectura

[¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!](#)

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros
Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Sinopsis

Doménico Martinelli, más conocido como Dome, es un hombre divertido y sin prejuicios que tiene muy buena fama tanto dentro como fuera de Délice.

Sus amigos le reconocen su optimismo, empuje y fidelidad. Aquellos que no lo conocen desean hacerlo y las mujeres que pasan por su vida raramente desean alejarse de él.

Este irresistible italiano, que aterrizó diez años atrás en Buenos Aires para adueñarse de la ciudad, ha sabido montar un reluciente y electrizante mundo a su alrededor, uno que le ha funcionado de maravilla hasta que terminó su relación con Patricia.

Justo cuando cree que su vida ya no podía empeorar recibe una llamada de su padre desde Roma para decirle que su hermano ha sufrido un grave accidente automovilístico, por lo que se verá obligado a regresar a su país natal con urgencia.

Su vuelta a casa remueve dentro de Doménico una historia que lleva diez años queriendo dejar atrás. Secretos de familia de los que ya no conseguirá huir y una mujer sobre la que siquiera debería posar sus ojos convertirán su vida en un completo caos.

¿Podrá Doménico sobrevivir a este accidente?

UN HERMOSO ACCIDENTE

zafiro[♥]

Verónica A. Fleitas Solich

El accidente es sólo orden imprevisto.

NOVALIS

1

Accidente

Sin desacelerar el paso de su carrera, Doménico se desvió hacia la derecha para ir directo contra Leo, quien le estaba sacando ventaja muy a su pesar, después de haberle dicho que era un hecho que, al convertirse en padre, todos los hombres se volvían más lentos. Mentira, Leo estaba en su mejor forma y él, en una que dejaba mucho que desear para lo que estaba acostumbrado a ser. Doménico llevaba un par de semanas sin alimentarse del todo bien, quizá bebiendo alguna que otra cerveza más de la cuenta y durmiendo poco; todo ello, no por pasar demasiadas noches en el Délice, sino por pasarlas en vela, sin poder pegar un ojo, con la mirada fija en el blanco techo de su habitación o en la televisión encendida, aunque sin ninguna intención de seguir la acción que transcurría en el campo de juego y sin que le importase lo más mínimo el marcador del partido de fútbol.

Su cabeza estaba en cualquier parte y, por lo visto, también su cuerpo. Sus músculos parecían adormecidos... o quizá estuviesen rebelándose para hacerle entrar en razón, aunque Doménico se sentía muy lejos de ello, incapaz de poder usar el cerebro, porque lo único que tenía en la mente era el fracaso del cual se hacía completamente responsable.

Durante ocho meses, lo había intentado, procurando dar lo mejor de sí, pero su relación con Patricia no había ido a ninguna parte. Debía reconocer que sobradas pruebas de su amor había tenido. Ella siempre había estado dispuesta a tratar de amoldarse a él y le constaba que esa mujer había hecho muchas cosas sin que le gustasen por completo sólo para contentarlo, y en ese momento todas esas cosas le pesaban horrores. Tenía la sensación de que la había cambiado sin que ella hubiese deseado el cambio. Qui-

zá incluso era peor que eso, pues muy probablemente, en cierto modo, él le había arruinado la vida.

Patricia se había hartado de su presencia a medias, de su cariño medido, de sus fugas, de todo lo que no le contaba.

No podía culparla por terminar con la relación que tenían. Llevaban un par de meses sabiendo que juntos no llegarían a ninguna parte y, sin embargo, le faltó el coraje para ahorrarle a ella más desgaste, penas y, sin duda, lágrimas.

Como siempre, Patricia, con su temple, fue quien decidió poner el punto final. Lo había hecho llorando una semana atrás.

Doménico había recogido sus pertenencias del piso de ella para largarse directamente al aeropuerto en busca de un avión que lo llevara a casa desde Río de Janeiro. Allí mismo, mientras esperaba su vuelo, había llamado a Miranda para contarle que lo suyo con Patricia había terminado, que él había acabado por arruinarlo. Miranda se esforzó por convencerlo de que no era culpa suya, afirmando que, cuando una relación no funcionaba, era por culpa de las dos partes. Él tenía muy claro que eso no era lo que había sucedido con Patricia, pues había sido él el responsable de ese fracaso, de principio a fin.

Incluso Daniel, con su voz sonando de fondo más allá de la de Miranda, intentó darle ánimos; le comentó que él no estaba destinado a convertirse en monje zen, que era como hubiese acabado de pasar mucho más tiempo en compañía de Patricia, y que se buscara a alguien más divertido. Miranda había reprendido a su compañero, recriminándole que Patricia no tenía nada de malo y que Doménico estaba muy lejos de convertirse en un monje. En eso ella tenía más razón que una santa: ni monje, ni zen, aunque por aquellos días... sí, monje, sí; ya ni siquiera le quedaban

ganas de salir, y mucho menos de tener a una mujer enfrente. Se sentía apagado y ridículo por ir por la vida pensando así, pero no encontraba otro modo de sentirse.

En ese momento Leo y Alexia estaban allí con él, y habían traído también a Willa, en un claro intento de levantarle el ánimo. Ciertamente estaba feliz de verlos cada día, de contar con ellos, con su apoyo, pero, aun así, no conseguía reponerse del todo, porque, por más que le pesara, lo que Leo y Alexia tenían ponía en evidencia lo que él no, lo que ni siquiera estaba del todo convencido de querer...: una pareja, una familia, estabilidad, compañía, complicidad más allá de lo físico, paz mental y felicidad.

Estando días atrás en el aeropuerto de Río, había marcado el número de Leo antes que el de Miranda, pero de inmediato sintió tanta vergüenza que se arrepintió y cortó la comunicación incluso antes de que comenzara a dar el timbre de llamada. Leo estaba a punto de convertirse en padre otra vez, tenía un negocio que funcionaba de maravilla, una carrera que iba viento en popa, con exposiciones de sus obras en acero y con la venta de sus lámparas. Tenía una hija a punto de entrar en la universidad y un hijo varón en camino, por no hablar del pedazo de esposa que se había echado, una mujer incluso más valiente e inteligente que él, que estaba allí para él, sosteniéndolo, apoyándolo.

¡Lo que él daría por tener a alguien como Alexia a su lado, por estar tan enamorado de ella como lo estaba Leo de su mujer!

El hombro derecho de Doménico dio contra el izquierdo de Leo. Lo empujó. Leo apenas si se tambaleó un poco. El tiro le salió por la culata, porque, con el empujón, le hizo acortar el camino en aquella curva del circuito de *parkour*.

—¡Tramposo! —El grito fue de Willa.

Además de su exclamación, hubo otras, porque eran seis los que disputaban esa carrera y la concurrencia alentaba a unos y otros. Leo iba en primer lugar, saltando de cuerda en cuerda con la misma facilidad con la que un mono pasa de liana en liana.

Doménico se lanzó hacia la primera cuerda y por poco se cae, pues la soga le quemó la mano. Intentó disimular saltando a la siguiente sin pensar en lo sencillo que hubiese sido dejarse caer para quedar con la espalda contra los mullidos trozos de esponja del fondo del foso.

—¡Mejor te das prisa, Tano! —le advirtió Noel llamándolo así como diminutivo cariñoso de *italiano* en el momento en el que saltaba sobre la plataforma, viendo a Leo escaparse definitivamente de su alcance. Si no recuperaba el paso, Noel, que avanzaba en tercer lugar, lo sobrepasaría —.

¡Te haces viejo! —bromeó éste, y le entraron ganas de matarlo, porque se sentía exactamente así: opinaba que estaba envejeciendo y que, en sus años de vida, no había logrado ni un cuarto de lo que se había propuesto cuando se vio a sí mismo con todo el futuro por delante.

—¡Vamos, Dome! —chilló Alexia.

Le agradeció mentalmente que todavía confiase en él; gracias a ello se lanzó, con las fuerzas que le quedaban, hacia el último tramo del recorrido.

Era muy consciente de lo destrozado que estaría por la noche debido al esfuerzo que estaba realizando en ese instante, y se suponía que iban a ir los cuatro a cenar. Debería echarse encima una buena dosis de ibuprofeno y, además, tenía clarísimo que a la mañana siguiente no podría moverse.

Debía cortar con aquella forma de pensar, no podía continuar así. Estaba dejándose ir y era una locura; tenía

que hacer algo para seguir adelante, para cambiar su vida, para revertir su situación.

«Quizá un trasplante de cerebro», se dijo, porque, pese a ser maravilloso ayudando a llevar adelante la vida de todos los demás, en la suya no hacía más que quedarse estancado, por no decir que retrocedía cada día hasta lo que no quería ser, hasta el día en que llegó a Buenos Aires desde Roma, literalmente con una mano detrás y otra delante, sin tener ni idea de qué hacer con su vida más que disfrutar del *parkour*. Por aquel entonces, Leo le había tendido la mano que tanto necesitaba, prestándole el dinero que precisaba para abrir el gimnasio en el que estaban en ese instante; no podía esperar que Leo lo salvase otra vez, pues éste tenía cosas más importantes de las que ocuparse; además, ya no era un niño, tenía que hacerse responsable de su vida de una buena vez y, por consiguiente, de sus errores y sus carencias.

—¡Dome!

Tuvo la impresión de que el corazón iba a escapársele del pecho, destrozando sus costillas.

—¡Dome! —volvió a exclamar la voz de Mariela. Si estaba intentando darle ánimos, sería mejor que utilizara otro tono.

Leo saltó los dos metros que separaban la pared del suelo y él tras Leo.

—¡Doménico!

En esa ocasión la voz de Mariela le dejó más que claro que no estaba intentando animarlo para que le ganase la posición a Leo. Lo estaba llamando... y sonaba un tanto alterada.

—¡Doménico! —Esa que soltó su nombre en un tono poco alegre fue Alexia. Terminó de comprender que algo

no iba bien. ¿Se habría lastimado alguien?

Saltó la pared y aterrizó poco menos de dos metros por detrás de Leo.

Levantó la vista al frente, allí donde estaba el borde de aquel magnífico campo de juego que tanta gente visitaba a diario, personas que para él eran casi como de la familia.

El sudor se le metió en los ojos.

Vio a Mariela con el teléfono en alto, llamándolo de nuevo. Alexia también le hacía señas.

Continuó corriendo, pero no para alcanzar a Leo, quien atravesaba la meta, sino para llegar a ellas. Algo le indicó que sus gritos llamándolo no tenían nada que ver con que alguien se hubiese caído y lastimado, sino con el teléfono que Mariela sostenía en alto.

Pisando fuerte, se propulsó hacia delante, atravesando la meta.

Leo no celebraba su primer puesto, y él tampoco lo hizo, pese a llegar en segundo lugar cuando había creído que ni siquiera lograría terminar el recorrido.

Mariela se acercaba a él corriendo con el aparato por delante, tendiéndoselo.

—¡Dome, Dome! ¡Es tu padre! ¡Tu padre está al teléfono! No entiendo

nada de lo que dice, pero creo que es urgente.

Leo se giró y lo miró. Sabía tan bien como él que su padre no tenía por costumbre llamarlo por teléfono. Hacía tres años que no se veían y, en cuanto a hablar, hacía tres meses de la última vez que su padre había intentado ponerse en contacto con él. En esa ocasión, Doménico había cortado la comunicación a menos de cinco minutos de iniciada, después de soltar unos pocos monosílabos en su ita-

liano natal, idioma que le costaba usar, pero no porque lo hubiese olvidado, sino porque lo tenía negado, ya que le traía demasiados malos recuerdos.

Noel llegó tras él y lo agarró por los hombros.

—Lo has hecho bien, Tano —le dijo dándole un apretón.

Estático, Doménico se giró y lo miró. No conseguía reaccionar.

«Urgente... su padre...»

En un rápido cálculo mental, se angustió todavía más al comprender que en Roma debían pasar de las once de la noche.

—Dome, ¿te encuentras bien? —quiso saber Noel.

Mariela llegó a él por fin para entregarle el teléfono.

Doménico lo cogió de su mano sin saber qué hacer con el aparato.

—Dome... —Leo se le acercó.

Su alrededor se llenó de murmullos y miradas curiosas.

Despacio, subió el teléfono hasta su oreja para contestar en italiano.

—*Pronto?*

—Doménico, soy tu padre.

Sí, su voz era imposible de confundir con otra.

Qué gran sentido de la oportunidad tenía su progenitor, para llamarlo en su peor momento, para hacerlo sentir todavía peor. ¿Qué reproche le haría entonces? Aunque aquélla no era una hora en la que...

—Doménico, ¿estás ahí? —soltó su padre—. Llevo media hora intentando dar contigo. Te he llamado a tu móvil,

a tu casa. No me ha quedado más opción que intentar localizarte en el gimnasio. ¿Estás trabajando a esta hora?

—Son las siete y cuarto aquí —jadeó; su corazón todavía pateaba con todas sus fuerzas contra su pecho.

—Sí, ya lo sé, tengo presente la diferencia horaria entre Roma y Buenos Aires. Si tuvieses un trabajo digno, no estarías en él a estas horas, no a menos que fuese por una buena cena de trabajo con la compañía correcta. — Doménico barrió el sudor de su rostro con una mano—. ¿Qué te ocurre?, ¿por qué respiras así?

—Porque estaba haciendo *parkour*.

—Cierto que a eso le llamas trabajar.

—¿Qué quieres?

—¿Ésa te parece forma de hablarme? —Doménico se agarró la cabeza—.

¿Podrías, al menos, tener en cuenta la situación?

—No sé de qué situación me hablas.

—Si estuvieses aquí con tu familia, lo sabrías. Deberías estar aquí.

Todavía no entiendo qué haces al otro lado del océano.

—¿Mi vida?

—Sí, claro. ¿Qué vida? —resopló su padre.

—Estoy a punto de colgar. O me dices para qué has llamado o...

—Ahora mismo estoy en el hospital.

—¿Qué tienes?, ¿te has indigestado con tu propio veneno?

—¿Podrías no comportarte como un crío?!

Ante el grito de su padre, se apartó el teléfono de la oreja.

—Dome, ¿va todo bien? —le preguntó Leo.

Sacudió la cabeza. No tenía ni idea.

—Es tu hermano.

—Mi hermano... ¿Cuál de ellos?

—¿Dome? —Leo puso cara de preocupación.

—Tu hermano acaba de tener un accidente con su moto, Doménico.

Éste comprendió al instante que le estaba hablando de Elio; Piero ni siquiera tenía la edad suficiente como para que los pies le llegasen a los pedales de una moto.

Se distrajo pensando en aquella tontería, obviando por un par de segundos la presión en su pecho; su familia podía estar lejos, podía intentar no pensar demasiado en ellos, incluso no sentirse muy apegado a los de su sangre; sin embargo...

—¿Qué le ha sucedido? ¿Cómo está?

—Al fin sueltas algo razonable.

Creó notar que a su padre se le escapaba un poco de nerviosismo y de miedo por la voz.

—Es Elio, ha sufrido un accidente —informó a Leo, quien no le quitaba la vista de encima, tras apartar un poco el teléfono de su boca.

—¿Con quién hablas?

—Con Leo, papá. —Su padre sabía de sobra quién era Leo y aún le recriminaba haber aceptado su ayuda para abrir el gimnasio en vez de haber recurrido a él—. Todavía no me has explicado cómo está ni qué ha ocurrido.